

Los Esclavos de la Virgen de la Puerta : Historia y Ficción del Pasado

著者(英)	Luis Millones, Hiroyasu Tomoeda
journal or publication title	Senri Ethnological Reports
volume	5
page range	191-203
year	1996-03-28
URL	http://doi.org/10.15021/00002320

Los Esclavos de la Virgen de la Puerta: Historia y Ficción del Pasado

Luis Millones

Seminario Interdisciplinario de Estudios Andinos

Hiroyasu Tomoeda

Museo Nacional de Etnología

Otuzco queda a 72 kilómetros de Trujillo. Pero ésta es una distancia engañosa, ningún vehículo puede recorrerla en menos de dos horas y fracción, debido a lo estrecho del camino y al mal estado en que se encuentra. La ciudad está a unos 2,638 metros sobre el nivel del mar y se llega bordeando el río Moche que se divisa al fondo de las quebradas que se suceden ante de llegar a Otuzco. Aunque el censo de 1993 nos habla de 21,786 habitantes para todo el distrito, es imposible pensar en esa cifra cuando se camina por las calles de la ciudad. La impresión general es de algo menos de la mitad, lo que se confirma por el número de casas cerradas con candados y trancas, que sólo se abrirán cuando los agricultores regresan a la capital de la provincia, lo que sucede una vez por semana con intermitencias (Foto. 5).

Las papas y menestras (lentejas, frijoles, pallares y garbanzos) son los cultivos más importantes, entre las que destaca la arveja verde, a la que se conoce con el nombre de "chucar". En los mercados se suele encontrar yucas y maíz, aunque en cantidades más modestas. Los primeros cultivos son infaltables en la dieta alimenticia, que se completa con cuyes, carne de cerdo y aves de corral. Sobresale la crianza de pavos, animal de valencias simbólicas en Otuzco, cuyos habitantes suelen ser llamados "pavos" por los pueblos vecinos. Sus plumas adornan las vestimentas de los danzantes en las festividades locales.

El ritmo cansino del quehacer cotidiano se altera al compás del calendario ceremonial, tal como sucede en otros pueblos de la sierra peruana. Como en todos ellos, la fiesta patronal opaca con su poder de convocatoria a todo otro espectáculo. La festividad es muy antigua y es probable que se escindiera del culto rendido a Nuestra Señora de la Concepción de Otuzco. En 1792 consta documentalmente (Archivo Arzobispal de Trujillo. Cofradías, legajo 7) que existía una sola cofradía que agrupaba los hermanos dedicados al culto de "Nuestra Señora de la Concepción, venerada también con el título de Nuestra Señora de La Puerta, en el pueblo de Otusco". En 1806, el cura del lugar, José Tadeo del Campo y Caballero, al detallar los fondos y rentas de las cofradías, especifica separadamente la de Nuestra Señora de la Purísima Concepción (a la que llama "Patrona") y la de "Nuestra Madre y Señora de la Puerta". Si tal escisión existió debió producirse por esta fecha. Curiosamente la cofradía de la Virgen de la Puerta ya tenía mayores ingresos que la Virgen de la Concepción (A.A.T.

Intendencia Eclesiástica, legajo 374).

En Otuzco, la festividad de la Virgen de la Puerta es mucho más que una celebración local. No menos de 100,000 personas copan todos los espacios posibles de la ciudad, y durante una semana (11 al 16 de diciembre) se vive el frenesí de lo que se considera como la fiesta tradicional más importante del Norte del país (Foto. 6).

Las celebraciones son organizadas por el Comité Central de las Fiestas Patronales de la Virgen de la Puerta. Su conformación es anual y se constituye a partir de los representantes de los caseríos cuyo aporte sustentará la celebración. Dado el carácter agrícola de la región, la población de Otuzco que no habita en el perímetro de la ciudad está dispersa en pequeñas concentraciones de viviendas, cuyos habitantes (13,549 según el censo de 1993) sólo visitan la capital del distrito para proveerse de herramientas, para transacciones comerciales o de carácter burocrático, y sobre todo para las festividades más importantes. Como dijimos, la actividad agrícola es la que da ocupación a la mayor parte de la población que tiene más de seis años (3,766 en el censo mencionado), sin tomar en cuenta las profesiones relacionadas o dependientes de la agricultura.

Cuatro de estos caseríos y la capital lideran a los demás (que son en total alrededor de cuarenta) en la organización de la fiesta. Se trata de Huangamarca, Pollo, Sanchique, Allacday y el propio Otuzco. En 1994, le tocó a Huangamarca ser la cabeza de doce caseríos (Pango, Tarnihual, La Libertad, Tambillo, Juan Velasco, Tres Cerros, San Francisco de Surco, Bellavista, Magdalena de Purruchaga, Pusunchás y Pichampampa), en 1995 será Pollo quien encabece a otros tantos caseríos. Sanchique, Allacday y la capital le seguirán en esta tarea. Si se mira las localidades en un mapa, se podrá visualizar que las obligaciones se desplazan siguiendo la dirección contraria a las agujas del reloj.

Reunidos todos los delegados, elegirán cada año a un representante de los caseríos responsables que de inmediato será incorporado al Comité de Fiesta como presidente. A su lado el párroco de Otuzco, el alcalde de la ciudad y el presidente de la Hermandad de la Virgen de la Puerta trabajarán con empeño para el buen desenvolvimiento de las festividades. En 1994, don Atilio Avalos de la Cruz presidió el comité, e incorporó al Subprefecto para "mejor control de los fondos".

Los caseríos aportan con el dinero suficiente para contar por lo menos con una banda de músicos (30 personas, cuyo costo aproximado es de 4,000 soles o sea 2 mil dólares, suma que cobran por tocar dos días: 14 y 15 de diciembre). Se supone que el alojamiento y la comida les serán proporcionados por los anfitriones. Además el caserío debe invertir en un "castillo", armazón de cohetes cuyo precio varía entre 2,000 y 800 soles, globos de papel (la docena 120 soles), cohetes de golpe (la gruesa a 120), cohetes de luces (la gruesa a 120 soles), etc., etc. Naturalmente se espera que cada caserío, en abierta competencia con los demás, pueda contratar más de una banda y hacer quemar varios castillos, y que se mate de una a tres reses para alimentar a músicos e invitados. No estamos mencionando las bebidas, solamente la Compañía Pilsen Trujillo envió a Otuzco entre 30 y 35 mil cajas de cerveza en el mes de diciembre (1 caja es igual a doce botellas); las otras compañías: Cristal y Pilsen

Callao, debieron mandar mil y seis mil cajas respectivamente; el precio de cada caja era de 25 soles para los vendedores locales.

El cálculo aproximado de las autoridades de los caseríos es de un gasto de 170,000 nuevos soles para cada una de sus jurisdicciones, durante la fiesta. Es por eso que una vez elegidos los responsables, en abril o mayo de cada año, se entregan de lleno a la tarea de conseguir fondos y hacer quedar bien a su patria chica. Las cifras consignadas hacen muy plausible el cálculo de don Atilio, que mencionaba alrededor de dos millones de nuevos soles, como el costo de las festividades de la Mamita de la Puerta en 1994. Conste, además, que no se incluye el aporte de los particulares o de gremios urbanos, como el magisterio, que colabora con diez castillos el día 13, o del tradicional apoyo de los gremios de comerciantes del mercado, como por ejemplo los panaderos, que años atrás subvencionaron a determinados conjuntos folklóricos. También hay que tomar en cuenta los esfuerzos de la Municipalidad y de la Hermandad, que se solidarizan con los caseríos en las gestiones para financiar el boato de la fiesta.

La celebración comienza formalmente el día 12 de diciembre, en que se arregla el altar de la Virgen y se culmina la novena en su honor. En la noche se lleva a cabo una verbena popular auspiciada en 1994 por la Compañía Pilsen Trujillo, en años anteriores otras empresas tomaron su lugar; a fines de la década pasada solía ser la Compañía Industrial Nor-Peruana S.A. (Coca Cola), la que subsidiaba los músicos y el baile que rompían los fuegos de la feria. El día 13 es conocido como el Alba y corresponde a los maestros de Otuzco hacerse cargo del desfile, retreta en la plaza de armas y fuegos artificiales. El párroco inicia la celebración de una secuencia de misas que continuará a lo largo de la feria, ofrecidas por los devotos de la Virgen. El día 14 baja la imagen de la Mamita de la Puerta de la iglesia a los brazos de sus cargadores (miembros de la Hermandad). Lo hace a partir de un mecanismo que permite deslizar la Virgen por un madero inclinado provisto de un riel. El desplazamiento es lento y lleno de solemnidad, que se realiza en medio de la música de las bandas, canciones y griterío de los distintos grupos folklóricos y de la abrumadora presencia de peregrinos que han llegado a saludarla. El 15 es el día central de la feria y su mejor expresión es la procesión de la Virgen a lo largo del pueblo. La multitud es compacta y está tan enfervorizada que es casi imposible desplazarse en otra dirección que no sea el recorrido prefijado para la imagen (Foto. 7). Horas antes, frente a un tabladillo de la plaza de armas ha tenido lugar el festival musical, con el incentivo de un premio a la mejor banda de la feria. A las once de mañana se realiza una misa solemne, a la que acuden todas las autoridades de la ciudad y de la feria. Desde el día anterior los fieles desfilan para ver y tocar a la imagen esperando remedio a sus pesares. En la noche continúan los fuegos artificiales; más de cien "castillos" se queman en esta semana de celebraciones. El día 16 la Virgen recibe la veneración de sus fieles en el atrio de la iglesia y por la tarde "sube a su trono" mediante el mismo mecanismo. En la tarde se lleva a cabo la tradicional corrida de toros y por la noche (7 p.m.) una solemne misa de acción de gracias finaliza la feria, a pesar de que formalmente tiene lugar otra misa (al día siguiente) en honor a los peregrinos, si bien la mayoría de ellos ya está en camino a sus hogares. El día 18 de diciembre de 1994 se dedicó al "conteo de las

limosnas”, anunciado en el programa de la festividad, pero tal cosa no pertenece al ámbito de la feria y no figura en la mayoría de los programas anteriores.

La emotividad del evento es indescriptible y se desprende especialmente de la gente de los caseríos y de los peregrinos, que en gran proporción son otuzcanos que viven en otras partes del país. Los residentes declaran abiertamente que no pueden asistir a los actos programados, debido a que tienen que atender a sus negocios. Prácticamente cada casa se convierte en un alojamiento o en una tienda improvisada, cuando no comparte ambas actividades. Se considera a estas fecha como la oportunidad que ofrece la Virgen para que sus fieles multipliquen sus ingresos y acumulen un pequeño capital para cubrir las necesidades del resto del año. El primero de enero se vuelve a rendir homenaje a la Virgen en una fiesta que se considera más apropiada para la gente que vive en Otuzco. Los días 12, 13, 14, y 15 de diciembre son fechas de trabajo intenso y de actividad comercial desenfrenada. En el espacio urbano se cruzan todas las ofertas posibles para que los visitantes dejen su dinero. Desde *video games* hasta discotecas (“con rayos laser”) improvisados, que alternan sin problemas con danzantes tradicionales, penitentes que se arrastran en honor a la imagen sagrada o prostitutas (mujeres y travestidos) que llegan en pequeños grupos, con la declarada intención de participar en la feria por respeto a la Virgen. Hay también un considerable número de delincuentes de poca monta, aunque el control policial es bastante estricto.

En términos globales se puede decir que la feria es un espacio físico y conceptual donde se cruzan todos los tiempos y culturas del Perú contemporáneo. Tratar de entender este conjunto de imágenes, sonidos y sensaciones sería muy difícil, si no contásemos con los conjuntos folklóricos que en sus vestidos, danzas, organización y tradiciones, nos van ofreciendo –a manera de síntesis expresiva– la posibilidad de “leer” la intensa realidad de la fiesta.

La “feria de la Virgen” no es la única prueba de reverencia de los otuzcanos para con la imagen que se encuentra sobre la puerta de su iglesia. Es interesante observar que su culto constituye la referencia obligada en la vida diaria de los lugareños. Todo acto que compromete a una decisión crítica suele ser reforzado en favor del creyente con una invocación a la Virgen. Lo mismo sucede cuando el pueblo en su conjunto toma partido por tal o cual providencia, las autoridades de turno consolidarán la determinación aludiendo el deseo de satisfacer a la Virgen. Hay, pues, una corriente de fervor que une desde las necesidades o decisiones muy personales (emprender un negocio, recobrar la salud, buscar un objeto perdido etc., etc.), hasta aquellas que comprometen al total de los otuzcanos (construir un puente, ganar las elecciones, etc., etc.).

La imagen que suscita esta devoción es la Inmaculada Concepción cuya fiesta comenzó a celebrarse en Otuzco desde el 15 de diciembre de 1664. Antes se mantuvo en el calendario eclesiástico oficial que le adjudica el 8 de diciembre, pero el año en mención se modificaron los estatutos de la hermandad y se trasladó el día feriado a una semana más tarde (Romero 1982:17-18).

La efigie mide aproximadamente un metro y cinco centímetros, habiendo sido

modelada a partir de una armazón de madera revestida de tela enyesada, a cuyo conjunto se la ha dado forma humana. El procedimiento es conocido, se trata de piezas de tela de yute o algodón en general, embebidas en cola de hueso o pezuña de animal, remojadas en carbonato de calcio muy diluido (“merluza” en el argot de los restauradores). Mientras la mezcla está húmeda puede ser modelada, al secarse adquiere una consistencia muy sólida y puede ser pintada o dorada o plateada. Estatuas de este tipo se empezaron a divulgar a mediados del siglo XVIII, quebrando el patrón anterior de madera tallada. No es ésa la convicción de los vecinos de Otuzco, la tradición arraigada en el pueblo es que la Virgen está hecha de un cedro de tal calidad, que se mantiene a pesar de tener más de cuatrocientos años. Hay la creencia, sostenida con toda energía, que en el cuerpo de la imagen, a la altura del pecho, se guarda una más pequeña. Construida la estatua que hoy se venera, se le habría perforado una puerta pequeña en la espalda por donde se introdujo la imagen que hasta hoy se conserva. La representación mayor habría sido esculpida por un misterioso anciano que desapareció luego de concluir su obra, lo que constituye una versión reiterada con respecto a las imágenes de santos, vírgenes y cristos católicos a lo largo de los Andes. En la efigie venerada de nuestros días por su constitución física, no existen testimonios firmes de que se hayan colocado objetos en su interior, lo que, por supuesto, no disminuye la fe en la existencia de la pequeña imagen milagrosa. A esta Virgen le correspondería el papel de “inter”. Es decir la imagen pequeña que reemplaza a la principal en las ceremonias menos importantes y en algunas procesiones o visitas. Así por ejemplo, el Señor de la Caña de Chiclín (ex-hacienda de la familia Larco) cuenta con un “inter” pequeño hecho con madera de guarango. En Otuzco, dado que la imagen menor permanece escondida, la gente se refiere con el nombre de “inter” a otra estatua similar en todo a la principal, pero que se encuentra en el antiguo local de la iglesia, hoy convertida en museo. De acuerdo con su restaurador (Sr. Carlos del Mar) esta imagen ha sido construida siguiendo las mismas pautas que la principal, constituyendo entonces otra imagen “de vestir” o escultura “candelabro”.

La creencia en torno a la Virgen contenida en el tronco de la imagen no corresponde a una peculiaridad de Otuzco. Cuando el pintor José Sabogal reunía notas para uno de sus libros (1988) recordó que en sus visitas a los desvanes de las iglesias, encontró más de una vez, que ciertas imágenes tenían espacios en sus espaldas como para colocar objetos (Rostworowski: comunicación personal). Tampoco es extraño que se ocupen los espacios vacíos de las imágenes que no son sólidas. Los restauradores dan cuenta que al reparar tal o cual estatua suelen hallar documentos referentes a la misma, o de la época, que fueron dejados allí para dar cuenta del autor y los detalles de la obra. Pero si hablamos de cavidades para depositar objetos de culto no es posible evitar la obvia referencia a la costumbre indígena de usar las estatuas cristianas para acarrear elementos que –a despecho del doctrinero– se consideraban religiosos. Además no era necesario ser tan cuidadoso con respecto al lugar para las reliquias no cristianas, en 1687, el obispo Mollinedo descubrió en las parroquias de Carcay, Andahuaylillas y San Jerónimo (Cuzco) que la imagen del Niño Jesús estaba

adornada con la mascapaicha en su cabeza y la figura del Sol en el pecho (A.G.I. Audiencia de Lima, 306). Tiempo atrás el padre Arriaga se había quejado que “de la misma tela que habían hecho un manto para la imagen de Nuestra Señora, hicieron también una camiseta para la huaca, porque sienten y dicen que pueden adorar a huacas y tener por dios al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo...” (Arriaga 1968:224).

Una tradición paralela, muy difundida, nos dice que la Virgen apareció en el lugar donde hoy se encuentra el templo antiguo, a un extremo de la plaza de armas. Allí existía una pequeña laguna y en una de sus orillas se alzaba un “ushco” (que los informantes traducen como piedra). La fuente era abastecida por un arroyo que llegaba desde una quebrada cercana y proveía de agua a la población. Cierta vez se encontró sobre el ushco a la imagen de la Virgen, que de inmediato fue llevada al templo (no se especifica a cual), pero la imagen desaparecía por las noches y regresaba a la laguna. Finalmente se interpretó que la Virgen deseaba que se le construyera una iglesia en aquel lugar, por lo que se canalizaron las aguas desecando el terreno. Hoy día el arroyo corre debajo de Otuzco y desemboca en el río Pollo.

Lo más probable es que la primera imagen hubiese llegado con los padres agustinos hacia 1550, cuando se inició la evangelización en la zona. Sucesivas representaciones se fueron agregando o sustituyendo a las que se deterioraban. Los intelectuales orgánicos de Otuzco señalan que en 1570 una nueva imagen, réplica de la primera, fue colocada en la puerta del templo antiguo, de donde se derivaría su nombre. Pero no hemos visto la documentación que sustente tal aserto. La versión tradicional habla del temor de los otuzcanos a raíz de un supuesto desembarco de piratas en Huanchaco en 1670. El asalto no se habría producido gracias a la intervención divina, luego que los vecinos llevaron a la imagen a las “puertas” de Otuzco. En adelante habría sido colocada en la puerta de la iglesia dando inicio a su fama.

Cabe una digresión, en 1966 fue entrevistado el restaurador al que se le pidió que reparase un brazo de la imagen. Con gran sorpresa observó que el tratamiento que recibía la estatua de parte de sus inmediatos servidores correspondía al de un ser viviente. Su congoja y lamentos le hicieron saber que la imagen sufriría la restauración como si se tratase de carne y hueso, en lugar de yeso y maderas. De la misma forma, los reparos que pusieron las devotas encargadas de vestirla y desvestirla crearon la ilusión de estar tratando a una persona (Smith 1975:79).

La veneración que despierta la imagen se expresa a través de un flujo de milagros que lo son atribuidos. Desde la perspectiva del otuzcano, cada decisión consultada a la Virgen asegura el camino correcto, lo que naturalmente obliga a un constante endeudamiento afectivo frente a la gracia recibida. La imagen expresa sus deseos y sentimientos a través de su rostro, que a la mirada de los feligreses cambia de expresión mostrándose pálida y triste, si le desagrada lo que se está haciendo o si se aproxima una desgracia. O bien, sonrosada y sonriente si la persona o las circunstancias que se avecinan tienen buen augurio. Hay además una notoria fijación de los fieles hacia los ojos de la Virgen, a los que se refieren como generadores de una energía especial que despierta sensaciones de desamparo o absoluta protección, de acuerdo al comportamiento del creyente. Nadie expresa de mejor manera esta

convicción como uno de sus fieles. "El misterio de la Virgen de la Puerta está en sus ojos. Mire Ud. a la Virgen de la Puerta y habrá mirado su propia conciencia, lo que es en realidad un efluvio divino... La mirada de la Virgen es algo excepcional, primero por la forma de sus ojos, es un poco jaladita la Virgen y tiene ojos bastante profundos, pero en esa profundidad está el misterio de la Virgen".

La iglesia católica no ha dejado de tomar en cuenta la enorme convocatoria de la Virgen de La Puerta. Con ocasión del Tercer Congreso Eucarístico Nacional, celebrado en Trujillo en octubre de 1943, se autorizó la coronación de la imagen. Su viaje a la capital del departamento fue cuidadosamente vigilado por los otuzcanos que constituyeron una "policía eucarística" de la Virgen que la acompañó hasta las afueras de Trujillo, donde fue reemplazada por los alumnos del Seminario (centro de formación sacerdotal) quienes depositaron la imagen en el templo de San Agustín. Una de sus beatas, doña María Herrera durmió al pie de la Virgen durante todo este período. Como muchos otros, temía que cambiasen o que robasen la imagen. El acto de coronación fue llevado a cabo por el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Fernando Cento, a quien acompañaron el diocesano y los arzobispos de Lima y Cuzco. Su regreso a Otuzco fue apoteósico (Vargas Ugarte 1956:II, 116-117).

Bailar y cantar ante las imágenes sagradas son muestras de reverencia registradas en la documentación más temprana de la Colonia. Está claro que tanto la población prehispánica, como la europea, ejercieron dicha actividad antes del contacto. No es extraño, entonces, que durante los primeros siglos del virreinato, la evangelización incorporase las danzas y canciones indígenas dentro del ceremonial católico. Desde un principio se dudó de la efectividad de las conversiones al mantenerse la música y versos de épocas pasadas, pero al mismo tiempo era visible que la congregación se duplicaba con el espectáculo. Pronto, el clero europeo comenzó a dominar los idiomas autóctonos, y apoyándose en una primera generación de indígenas o mestizos bilingües, agregó obras de su propia cosecha, que se bailaban, cantaban o representaban en el calendario cristiano. Hubo un duro período de represión cuando estalló la persecución de los cultos indígenas coloniales, a los que se llamó idolatrías. Pero incluso en los años de mayor acosamiento (1609-1670) no se eliminaron a los danzantes indígenas de las festividades cristianas.

Quienes acuden hoy conformando grupos de bailarines, siguen la tradición mixta que se consolidó en el coloniaje. Vestidos, máscaras, canciones, pasos de danzas y dramatizaciones muestran los diversos períodos en que se ha cristalizado la forma de interpretar su propia cultura. En los días centrales de la feria de la Virgen de La Puerta acuden muchos conjuntos de danzantes, pero son tres los que destacan por su antigüedad y las características de su actuación. Son ellos: los gitanos, las collas y los negros. Para los efectos de este trabajo vamos a ocuparnos de los negros (Fotos. 8, 9).

Negros, morenos o negritos son los apelativos más comunes de los conjuntos de danzantes que intervienen en la mayoría de festividades populares a lo largo de los Andes. No son descendientes de africanos, se trata de poblaciones de claro ancestro indígena que se disfrazan de negros. La mayoría de grupos de "negros" que danzan o desfilan en las festividades andinas reclaman como origen la presencia de los esclavos

descendientes de africanos. Las bandas de “negros” se habrían constituido parodiando los bailes y canciones de los servidores coloniales. El argumento se refuerza con las historias construidas por cada grupo para explicar su origen. En algunos casos, como “la morenada de Chongos” en el valle del Mantaro, se usan máscaras que reproducen rasgos negroides. Su participación más notoria sucede durante la fiesta de Santiago (27 de julio), allí compiten los barrios enfrentándose a latigazos y ocultando su identidad (al menos formalmente) con las caretas y vestidos que se interpretan como atuendo militar. En Santiago de Chuco, “negros” pintados y “negros” con máscara confluyen en sus bailes para la fiesta del santo patrono, pero existen jerarquías, los que usan caretas son unos cuantos y ejercen como líderes del grupo. En Otuzco los “negros” se cubren con un saco de yute (costal usado que se coloca sobre las ropas habituales), ciñen su cintura con cadenas y se pintan de negro la cara y las manos usando el hollín de los utensilios de cocina o betún de zapatos. Completa su disfraz un sombrero alón con un lazo doblado en forma de rosa, cosido en su parte delantera (Fotos. 10, 11).

Cada “conjunto folklórico” (denominación que usan los grupos de danzantes) tiene una explicación particular que liga su existencia a la participación en la fiesta de la “Mamita” de Otuzco. Los “negros” han construido una historia que liga dramáticamente la esclavitud africana con la vida familiar de los integrantes de la banda folklórica. El relato que sigue nos fue narrado, entre sollozos, por quien fuera “capitán” de los negros en 1994. “Hacia años anteriores cuando llegaron a este Perú los esclavos, sean negros, sean chinos, sean japoneses... ellos llegaron de frente a unas haciendas... hablemos de Laredo...llegaron a estos grandes propietarios, grandes latifundistas. Nosotros [los negros] nunca hemos sido hombres de trabajo, nunca ha sido hombre limpio, porque el negro siempre ha sido un hombre que siempre quería vivir de la vida... en cambio el chino, el japonés es un hombre de agricultura, un hombre de golpe [sic], un hombre de terreno. Entonces nosotros nos escapamos amarrados con cadenas por acá [señalando sus manos, cintura y pies], así amarrados los dos. Entonces nos hemos venido, [fue] en enero que llegamos a esta Virgen de la Puerta. Nos hemos venido a la provincia de Otuzco de la provincia de Laredo, corriéndonos de los capataces, corriéndonos de los dueños de haciendas. Así, de noche, en la oscuridad...nunca pensamos que íbamos a llegar por este lado. Porque nosotros pensábamos salir hacia el Norte, para allá [señala con el brazo] pero desgraciadamente para evitar la timidez [sic] de esa época, llegamos así, amarrados con cadenas, así los dos, dos personas hemos llegado. Entonces se recuerda mucho que llegamos a un sitio que se llama Challacocha y venían, pues, los señores hacendados con sus caballos, tratando de localizarnos... y dice: ‘estos negros no son de la sierra, estos negros son de costa y yo creo que van para allá, nos retiramos’. Y nosotros metidos debajo [de unas piedras] ¿Por qué? Porque una señora nos dijo: ‘métanse allí’. ¿Quién fue? La Madre de la Puerta. Ella nos guía, ella a nosotros. Entonces, viendo esas cosas, obedecemos [como] en un sueño, debajo de unas piedras en el río. Tac, tac, tac, llegaron los capataces [diciendo:] ‘estos negros de mierda’. Así nos trataban. ‘No vienen por acá’. Entonces se han regresado y nosotros hemos seguido. Entonces, acá en el desvío, hemos encontrado una señora [que nos dijo:

'vean] a esa reina y agradézcanla'. Pero ¿qué le vamos a llevar si no llevamos nada? [Queremos] que nos saquen las cadenas porque no podemos comer. Hablemos de los años 1580 ó 1560. Hemos llegado acá, dos negros que un guerrero[¿ ?] en un abajo de la retama nos cortó eso [las cadenas] con machetes, con todo, nos cortó, para llegar ahí. ¿Qué le vamos a ofrecer a esa Reina si no tenemos nada? Veníamos pobres, humildes, sin comida, sin nada. Desde ahí recibimos las cadenas que tenemos, se los bendecimos [sic], a tí Reina Madre. Lo único que traemos es esto [sacude las cadenas]. Desde esa época se agrupan dos, tres, cuatro, cinco hermanos y ahorita somos miles de hermanos que estamos frente a esta Reina. Así es".

El texto que precede estas líneas fue narrado en estado de total excitación. Se grabó el día 15 a las 11 p.m., y por tanto el festival se estaba extinguiendo. Los peregrinos se preparaban para regresar, y ése era el caso de nuestros informantes: el "capitán" y el "fiscal" del grupo de los "negros de Otuzco", que vivían en El Porvenir, un distrito empobrecido de Trujillo (Foto. 12). Vestidos con sus "cotones" y pintados de negro (cara y manos), nuestros interlocutores relataron lo que habíamos escuchado muchas veces de manera fragmentaria. El texto es importante porque los informantes sintetizaron de manera organizada la historia oficial del conjunto folklórico. Al hacerlo entremezclaron tres niveles de acontecimientos, en primer lugar aludieron como antecedente remoto a la fecha hipotética de 1560, ligando su origen a la presencia de los descendientes africanos en el siglo XVI, que es un hito en la formación del Perú. Al mismo tiempo mencionaron a la hacienda Laredo como el espacio que da lugar al nacimiento del grupo. Como se sabe, hoy día Laredo es un distrito de Trujillo situado al Este de la capital del departamento, y lugar de tránsito obligado para llegar a Otuzco. Hasta la aplicación de la ley 17716 de Reforma Agraria (24 de junio de 1969), era uno de los centros de producción azucarera del Norte, bajo el control de la familia Gildemeister. La referencia del capitán de los "negros" (nacido en 1934) alude al tiempo en que gran parte de la población de la sierra de La Libertad trabajaba en las haciendas costeñas. La fuga de los esclavos coloniales se superpone a un supuesto abandono de su centro de trabajo en alguna de las haciendas de la Negociación Azucarera Ltda. S.A., que era el título legal de las empresas Gildemeister. De la misma forma los españoles de la época colonial son visualizados como los capataces de los centros azucareros. A estas imágenes sobrepuestas se aplica el milagro de la Virgen transformada en la protectora de los negros fugados, a quienes esconde y señala sus obligaciones. Lo que de cierta manera traslada a los protagonistas a un nuevo nivel temporal: el presente. Vestidos y cadenas son las ofrendas con las que en adelante, pueden rendir homenaje a la Mamita de Otuzco (cf. Fotos. 13, 14, 15).

Hay en todo el texto una invocación constante a la pobreza de quienes componen este grupo folklórico. La imagen asumida de los esclavos históricos es una metáfora de la situación real de la mayoría de los miembros del grupo. Su condición deprimida puede, además, observarse en sus ropas: los costales usados (en su mayoría de azúcar), ciñen su cuerpo dando la impresión de rigidez inmovilizadora, lo que se refuerza con las cadenas y el hecho de que –al menos los de Otuzco– no sean danzantes. En contraste, otros grupos como los "monos" en el pasado, o los "gitanos"

actuales, despliegan bailes, coreografía y un alarde gimnástico que hace notoria la inmovilidad a que nos hemos referido. Las incongruencias en tiempo y biología carecen de interés en la reconstrucción del pasado idealizado. Una historia así explica la devoción de quienes hoy no pueden ofrecer otra cosa que su propia humillación, pero que encuentra alivio y solidaridad en la multitud que los recibe como hermanos y los acompaña en el frenesí catártico de la fiesta. Esta autopercepción tan deprimida se apoya también en la condición de los africanos y sus descendientes. La legislación española los condenaba a un status inferior al género humano, y las asociaciones que sugerían su color y rasgos físicos despertaban en sus amos desprecio y temor que iban más allá de la condición de esclavos. Así por ejemplo, al hablar de las epidemias que intermitentemente azotaban al virreinato, un cronista dice que “el haber enfermedades que parecen pestes, no proceden de los aires, ni de las aguas, ni de la tierra, sino de la cantidad de negros que cada año traen de Africa y de Guinea... por corrupción de aire y contagio de aguas” (Calancha 1974:Vol I, 115).

Todos los conjuntos folklóricos llevan niños que en muchos casos están vestidos como sus padres, es una versión en pequeño que prefigura futuros danzantes. No es extraño que incluso tengan participación en las danzas y más de uno resulte ser un eximio bailarín, y que el conjunto o determinada cuadrilla lo luzca con orgullo. Pero no es la norma, generalmente acompañan al grupo y se entrenan para hacerlo con propiedad después de los diez o doce años. Otros niños disfrazados concurren simplemente en condición de creyentes, caminando en brazos de sus familiares, que muestran su fe extendiéndola a sus vástagos (Foto. 16).

La presencia de los niños en el festival no es circunstancial. Como se verá más adelante son el testimonio viviente de la fe de los padres, que aseguran la continuidad del culto entregándolos como “esclavos” a la divinidad de Otuzco. En términos de la historia cultural de los Andes, la dedicación o sacrificio de infantes es una constante. Las deidades de la región recibieron este tributo en ceremonias tan importantes como la Capac Cocha, muchas veces documentada. Los hijos o hijas de jefes provinciales eran simbólicamente inmolados en el Cuzco para regresar a su localidad, donde se les enterraba vivos con gran pompa. La tumba, finalmente se convertía en área de comunicación con lo sagrado. En la Colonia, se mantuvo la costumbre de colocar al niño bajo la advocación de la divinidad, que no necesariamente era cristiana. Es así que el cronista Cabello Valboa denuncia que los “sacerdotes y ministros del demonio... lavan las criaturas con agua viva luego que nacían [para] dedicar algunos padres [a] sus hijos vírgenes al servicio de sus ídolos” (1951:259).

Ser “esclavo de la Virgen” es una condición que se acepta como cualquier otra decisión de los padres. Tiene la validez del bautismo o del nombre propio. El sentimiento generalizado de adscripción a la Virgen se concreta en este paso que suele ser decisivo como impronta en la vida de una persona. No es fácil ser “esclavo” de una divinidad tan poderosa. Al referirse a ella, todo otuzcano invoca tanto su generosidad como su condición “castigadora”. La “Mamita” archiva no sólo los afectos de sus creyentes sino también sus faltas, y tarde o temprano participará sobre ellos el castigo por su desatención u ofensas. Los meses anteriores a la celebración de

1994 se desataron una serie de robos de las joyas de la Virgen. Cabe anotar que la Hermandad actual tiene entre sus obligaciones el cuidado de la enorme cantidad de ex-votos, alhajas, mantos y otros regalos que los fieles ofrecen a la Virgen. Su volumen es tal, que si se colocase sobre la imagen un manto o capa nueva en cada festividad, tendríamos que esperar más de veinte años para vestirla con todos los que se encuentran en sus depósitos y que todavía no han sido usados. El robo de algunas de sus joyas desató tal indignación, que los dirigentes de la Hermandad fueron arrestados y el párroco pasó serios apuros para calmar a los fieles y evitar que los arrojen de Otuzco. Lo notable del caso es que en la misma fecha se sucedieron varios accidentes fatales en la carretera que lo une con Trujillo. Estos hechos fueron comentados como el justo desahogo de la Virgen ante el sacrilegio cometido.

El niño “regalado” toma rápido conciencia de su condición de “esclavo” como una promesa de servicio a la Virgen a la que no puede negarse. Su primera obligación es la asistencia al culto por lo menos en las tres ocasiones solemnes: en año nuevo, en octubre y sobre todo en los días 13, 14, y 15 de diciembre. Además, y conforme va creciendo, deberá colaborar para que la celebración del culto sea más completa, desde el simple encendido de las velas en el templo o en el suelo de la plaza en su festividad, hasta el acompañamiento de la imagen en sus procesiones.

Pero la función de los niños es mucho más importante como termómetro del comportamiento de los padres. En sus enfermedades, accidentes o aciertos escolares o situaciones afortunadas, los progenitores suelen ver el premio o castigo de sus propias acciones. Escuchamos con frecuencia que el descuido del culto (por ejemplo, el gesto de un dinero destinado a una misa o rosario) es causa suficiente para que el hijo de la pareja sufra un accidente o enferme súbitamente. Su muerte sólo podrá ser evitada con el arrepentimiento sincero y la promesa cumplida de restituir a la Virgen el homenaje olvidado.

Como en épocas prehispánicas, el niño es la materia del sacrificio propiciatorio que garantiza el éxito de la gestión comunal o familiar. Su cuerpo y su vida expresarán con la salud o la muerte, la satisfacción o desagrado de la diosa que gobierna el destino de los otuzcanos. La ofrenda tiene, sin embargo, sus límites. Los padres entregan al niño hasta su mayoría de edad o por un período que se especifica claramente (15 años o más), en adelante el joven es dueño de renovar o cancelar el contrato con la “Mamita”, aunque se espera que, por propia voluntad, reanude su condición de esclavo. En adelante los padres o tutores quedan libres de la promesa, lo que sigue será entre el creyente y la Virgen.

Una nota final sobre los “negros” de Otuzco. Como se dijo anteriormente, no bailan. Simplemente cantan y acompañan a la Virgen en sus recorridos. Y en el momento en que baja de la puerta de su templo para ser cargada por los fieles, agitan sus sombreros y gritan. De acuerdo con la costumbre, la banda de “negros” es la que se coloca al lado de la Virgen. Ningún otro grupo tiene este privilegio que es reclamado bajo la condición de ser “sus” esclavos. Hay la tradición que en épocas pasadas ingresaban a la cárcel de Otuzco (hoy no existe, los delincuentes se envían a Trujillo) para dar oportunidad a que también ellos celebren a la Virgen. Al hacerlo los

“negros” rememoraban su condición de trabajadores engrillados de acuerdo con la historia fantástica del conjunto folklórico.

Cada grupo folklórico tiene un héroe particular al que se le conoce como “inventor”, fundador, u organizador del grupo. Las señoras Natividad Espínola y María Herrera tienen el papel en el recuerdo de las “collas”, o el Sr. Cruzado entre los “gitanos”. Para los “negros”, el Sr. Carmelo Tarazona cumple este rol, en las fotografías del año 1952 se le puede ver, con una talla superior a sus hermanos de devoción, entonando con fervor canciones de la Virgen (Foto. 10). Muchos lo recuerdan haciendo alusión a su color moreno, “no necesitaba pintarse”, y su infaltable presencia en la feria de la Virgen. Mientras vivió fue el líder del grupo, situación que debió durar más de una veintena de años, su desaparición fue muy sentida por sus compañeros. Pero la historia real del grupo es anterior a su presencia, aunque no tenemos fechas, los vecinos más antiguos recuerdan a “los negros” como un conjunto ya consolidado en las primeras décadas del presente siglo.

No existe un solo grupo de negros. De otras partes del Norte llegan danzantes pintados y con disfraces que difieren de los otuzcanos. Más aún, al igual que otros conjuntos (los gitanos, por ejemplo) han desarrollado pasos de danza y llegan bailando y cantando, lo que es tachado como novelero y falta de tradición por los “negros” otuzcanos. Es notable el grupo que proviene de Salaverry (puerto ubicado al Sur de Trujillo), y que desarrolla un ritmo quimboso y lleno de alegría. Pero si bien se acepta con respeto su fe, no se deja de considerarlos foráneos. Hay un perceptible lazo que une a los otuzcanos con la imagen de la puerta, cuya explicación última está en la compleja red de afectos y temores que rodea la relación de los “negros” con la Virgen.

Nota

La información etnográfica fue recogida entre agosto y diciembre de 1994. La investigación es parte del Proyecto Estudio Etnológico de la Modernización en los Andes Centrales: La Herencia Andina en la Formación de la Cultura Nacional Peruana. El trabajo de campo fue auspiciado por el Ministerio de Educación de Japón y contó con el apoyo de la Revista Bienvenida de Faucett.

Bibliografía

Arriaga, Pablo José de

1968(1612) *Extirpación de la idolatría del Perú*. BAE, tomo CCIX. Madrid: Ediciones Atlas.

Cabello Valboa, Miguel

1951(1586) *Miscelánea antártica*. Lima: Instituto de Etnología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Calancha, Antonio de la

1974(1638) *Crónica moralizada*. Lima: Ignacio Prado Pastor, editor.

Editora "El Ovalo"

1993 *Departamento y región de La Libertad. Resultados oficiales del censo de población y vivienda 1993 y proyecciones hasta el año 2000*. Trujillo: Editora "El Ovalo".

García Miranda, Juan José

Notas de campo acerca del baile de los negritos en el valle del Mantaro.
(Comunicación personal.)

Millones, Luis

1995 *Perú colonial: De Pizarro a Tupac Amaru II*. Lima: COFIDE.

Romero, Aníbal A.

1982 *La devoción a la Virgen de la Puerta, tradición viva de fé, es manifestación auténtica de la fé cristiana*. Tesis para optar el título pedagógico de profesor de religión. Lima: Escuela Normal Particular "Marcelino Champagnat".

Pulgar Vidal, Javier, Esteban Pabletich y Nicolás Vizcaya

1973 *Antología de "los negritos"*. Huánuco: INC, Filial Húanuco.

Sabogal, José

1988 *El desván de la imaginería peruana*. Lima: Banco Central de Reserva del Perú.

Smith, Robert J.

1975 *The Art of the Festival*. Lawrence: University of Kansas.

Vargas Ugarte, Rubén

1956 *Historia del culto de María en Iberoamérica y de sus imágenes y santuarios más celebrados*. Madrid: Talleres Gráficos Jura-San Lorenzo.

Vilcapoma, José Carlos

Grabaciones y fotografías del trabajo de campo en el valle de Mantaro.
(Comunicación personal.)

Los documentos citados bajo las siglas AGI, corresponden a materiales del Archivo General de Indias, Sevilla.

